



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 10852

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extrao.  
no.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º  
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 7 DE ENERO DE 1898

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## CAMILO PÉREZ LORBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas,  
obras públicas, agricultura  
y construcción.

Instalaciones de máquinas de ex-  
tracción y desagües. Especialidad  
en cables y cuerdas de abacá, acero  
y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos,  
marlillos, azadas, legones, palas,  
barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandri-  
les y toda clase de maquinaria

## ¡ESTÁN CIEGOS!

Si en alguna ocasión se ha im-  
puesto la tregua política es ahora  
que estamos jugando tal vez la  
última carta en la empeñada parti-  
da que sostenemos contra los cu-  
banos rebeldes.

Para ganarla empleamos duran-  
te largos meses un procedimiento  
que, sobre no dar fruto, agotó  
nuestra hacienda, nos consumió  
la sangre y nos enagenó las simpa-  
tías con que contábamos en Améri-  
ca y Europa.

El instinto de conservación nos  
obligó á rectificar y echando ma-  
no de procedimiento distinto, con-  
tinuamos la partida que está en  
los momentos actuales en su pe-  
riodo álgido.

¿Es malo el procedimiento? No  
queremos discutir siquiera su bon-  
dad; pero empeñados como esta-  
mos en él, es imposible desandar  
el camino andado. Cualquiera que  
no esté ciego, así lo comprende y  
calla por patriotismo.

¿Qué debieran hacer los españo-  
les en estos momentos que corren  
y que no hay por qué ocultar que  
están llenos de peligros? Agrupar-  
se en rededor del gobierno; apoyar-  
lo con decisión en la cuestión inter-  
nacional; animarse mutuamente

para fortalecer el espíritu público  
y dar al mundo ejemplo de unión  
y de firmeza dejando para más  
tarde la cuestión de responsabilida-  
des.

Pero se hace todo lo contrario.  
El partido que precedió en el po-  
der al que hoy dirige la política,  
olvidándose que está roto en giro-  
nes y no puede gobernar en el  
estado en que se halla, cierra con  
la situación y le asesta golpes de  
muerte, cuando no la pone en ri-  
dículo ó la tacha de miedosa por-  
que debiera echar por caminos de  
energía ó adoptar actitudes arro-  
gantes.

Puede que tengan razón los que  
tal dicen; pero ¿es prudente decirlo?  
¿Vamos ganando algo publi-  
cando nuestras fallas y haciendo  
aparecer ante la consideración de  
los extraños que son actos de co-  
barría los que sin duda no pa-  
sarán de ser actos de prudencia?

Los que tal hacen cegados por  
el encono están realmente ciegos;  
no ven los graves peligros que en-  
traña el problema de Cuba; no  
consideran que el espectáculo que  
estamos dando no puede ganarnos  
los respetos de quien nos importa  
que nos respete, ni piensan que  
de nuestra desunión van sacando  
gran partido los rebeldes de la ma-  
nigua.

Las oposiciones de aquí y las de  
Cuba van empujando a la patria  
Dios sabe á dónde. Todos quie-  
ren salvarla, salvando también sus  
propios intereses, y todos van a  
perderla.

Si Cuba llega á perderse ¿qué  
será de ese partido de Unión cons-  
titucional cubano? ¿Cómo lamen-  
tará no haber bajado la cabeza  
aceptando de buena fé la autono-  
mia!

¿Y qué será de España si se  
pierde Cuba?

¡Ah! los que no han considerado  
los peligros que traería aparejados

esa contingencia, cuánto tendrían  
que sentir y arrepentirse si se  
resolviera el problema de ese  
modo.

## TIJERETAZOS

Pon lo tuyo en consejo y unos te di-  
rán que es blanco y otros te dirán que  
es negro.

Eso dice el refrán y eso ocurre con el  
decreto de Puigcerver suprimiendo las  
administraciones de bienes y derechos  
del Estado.

Ahí va lo que dice sobre ese decreto  
«El Nacional», mirando por los ojos  
del Sr. Navarro Reverter, que fue el  
padre de la criatura:

«La última hazaña aparece hoy en la «Ga-  
ceta» y va contra los administradores de  
bienes del Estado, que tantos ingresos han  
proporcionado al Tesoro y, sobre todo, que  
han preparado el camino para que, á costa de  
muy poco esfuerzo y por el desarrollo nor-  
mal de las funciones administrativas, entrase  
el Estado en la posesión efectiva de todo lo  
que le pertenece.»

Ahora vuelvan ustedes la hoja y lean  
lo que dice «El Imparcial» de acuerdo  
con el país:

«Ha causado muy buen efecto en la opinión  
el decreto del Sr. Puigcerver suprimiendo el  
cuerpo de administradores de bienes naciona-  
les creado por el Sr. Navarro Reverter.»

Ese cuerpo no solo no consiguió aumentar  
en un céntimo la renta, sino que creó una se-  
rie de conflictos á la administración y fue un  
azote para los pequeños propietarios de bue-  
na fé.»

No pregunten ustedes por qué rabian  
de verse juntas las anteriores opinio-  
nes.

Desde las columnas de «El Nacional»  
había el Sr. Navarro Reverter.

Desde las de «El Imparcial» habla el  
país.

Dice «El Mundo Naval Ilustrado»  
que con los 125 millones dedicados ex-  
presamente para construir buques nue-  
vos, se han construido, entre otros, el  
«Cataluña», el «Princesa de Asturias»  
y el «Cardenal Cisneros».

No adelantemos los sucesos, colega.  
Por lo que respecta al «Cataluña»,  
todavía está en la grada esperando

caer al mar con el transcurso de los  
años.

Pero eso será el siglo XX.

## GLORIAS NACIONALES

6 de Enero de 1840.

Sitio y rendición de Salses.

Dando los catalanes suelta á su indigna-  
ción, y llevados de su amor patrio,  
cuando supieron que la plaza de Salses  
(Rosellón) había caído en poder de los  
franceses, reclutaron por su cuenta  
30.000 hombres de guerra para hacerla  
al invasor, encomendando la jefatura  
del voluntario ejército al virey D. Dal-  
mau de Queralt, Conde de Santa Co-  
loma

En Setiembre de 1839, con 25.000  
infantes y 5.000 ginetes, salieron de  
Perpiñan el conde y Felipe de Spínola,  
llegando á los alrededores de Salses el  
19 del mismo mes

Sabedor el príncipe de Condé del  
aprieto en que se hallaba la menciona-  
da ciudad, reunió fuerzas en Narbona  
para acudir en auxilio de los sitiados,  
y el 24 de Octubre, al frente de 25.000  
hombres de infantería y caballería, y  
de 12 piezas de artillería, hallábase á  
la vista de los sitiadores. Los generales  
de estos convinieron en no levantar el  
campo y pelear hasta morir con cuan-  
tos enemigos pretendieron auxiliar á  
Salses, y con motivo de tan honrosa re-  
solución, trabose sangriento y rudo  
combate cuando el 1.º de Noviembre  
intentó Condé forzar las líneas sitia-  
doras.

Con decisión heroica lanzáronse sobre  
los catalanes las tropas francesas, asal-  
tando las trincheras, uno tras otro tres  
regimientos, con tan mala fortuna que  
quedaron sepultados en el foso. Dado  
por los nuestros un ataque general á las  
tropas de Condé, apoderose de estas  
un pánico tan grande, que, no obstan-  
te los esfuerzos de los oficiales, dió mo-  
tivo á que todas se declararan en ver-  
gonzosa y precipitada huida, dejando  
en el campo 1.300 hombres muertos y  
toda la artillería.

Aun duró dos meses más el sitio,  
hasta el 23 de Diciembre, en que vien-  
dose el gobernador D'Espenan falta de  
víveres y de municiones y con muchos

enfermos, pidió capitular, rindiendo la  
plaza el 6 de Enero de 1840.

César.

(Prohibida la reproducción).

## Lo que inventa el hambre

Si no fuera lo de lo que vamos á re-  
ferir, traducido de un periódico alemán,  
la formalidad del colega en que leemos  
el siguiente sucedido, sería cosa de sos-  
pechar que se trataba del producto de  
una imaginación sabida para escribir  
ouentos extraños.

Es el caso que en la populosa Berlín,  
y en uno de sus apartados barrios, le-  
vantóse hace días un miserable barra-  
cón de tablas de pino, sin pintar.

En lo que pudiérase llamar fachada  
de la caseta, fué colocado un gran car-  
telón en el que se veían, groseramente  
pintados, una paloma y un conejo des-  
causando en sendas mesas, en medio de  
las que había un hombre con los brazos  
extendidos en actitud de cubrir los ani-  
males con las manos.

Sobre un taburete situado al pié del  
cartelón, el hombre referido explica-  
ba, al dilectísimo público la  
indicada barraca, la virtud del conejo  
y la de la paloma: los dos animales  
contaban, á sus varios trozos de  
ópera.

La gente se atropellaba por entrar á  
presenciar el grandioso acontecimiento.  
La barraca se puso irrespirable y la  
impaciencia y expectación resultaban  
indescritibles.

Por fin... se corrió una tela que tapa-  
ba un diminuto escenario en el que, en  
efecto, se podían admirar, cada anima-  
lito sobre una mesa, una blanquísima  
paloma y un conejo, blanco también,  
como un armiño.

También se presentó al respetable el  
dominador ó el maldito.

El silencio era solemne cuando el di-  
rector de aquello se adelantó hacia el  
público hablando á este visiblemente  
conmovido:

—Respetable público—dijo.— Aquí  
tienen ustedes la paloma blanca y el  
conejito blanco como un armiño... En  
cuanto á lo de cantar un dúo... no,  
necesito decir á ustedes... que no lo can-  
tan por que no es posible.

El director se conmovió á todo esto.

CARLOS EL HECHIZADO

288

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 289

CARLOS EL HECHIZADO

292

—¿Qué estais diciendo?

—La verdad, padre mio, respondió la joven le-  
vantándose también, mirando á este con cierta dig-  
nidad.

—Bien, explicate, prosiguió don Fernando repoi-  
niéndose; acaso haya dado á tus palabras una in-  
terpretación extraña; acaso preocupado con la san-  
ta idea de preparar tu felicidad terrena y tu sosie-  
go eterno, haya dado distinta significación á tus  
frases... Yo puedo dudar que estés dispuesta á con-  
sagrarte al servicio de Dios.

—Estoy dispuesta, si, contestó Enriqueta con man-  
sedumbre; estoy resignada porque debo complacer-  
me haciendo con gusto el sacrificio de toda mi vida;  
pero mi alma y mi corazón se revelan en contra de  
mi voluntad, y en vano lucho, en vano intento ha-  
cerme superior á las ideas que me preocupan.

El comendador se puso pálido como el alabastro.

—Señorita, dijo con una voz al parecer tranquila,  
pero que bramaba con la fuerza de la cólera; no  
comprendo ese lenguaje; repétidlo otra vez.

Enriqueta estaba decidida á arrostrar la tempe-  
stad paterna con tal de no hacer traición á sus sen-  
timientos.

—Me explicaré con mas claridad.

—Hacedlo, si; lo ansio extraordinariamente.

—Bien. Estoy resignada á ser monja, solo por  
complaceros, padre mio.

—Solo por complacerme! ¿Y vuestra voluntad?

—Repugna esa idea.

—¡Por Cristo en la cruz que habeis osado en de-  
masia! exclamó el señor de Ponzos apretando los pu-  
ños. ¿Es decir que no queréis ser monja?

Enriqueta se estremeció pero estaba dispuesta á  
dar una contestación decisiva.

—No.

El comendador no teniendo con quien pegar su  
cólera, levantó el puño ó hizo añicos un jarrón de  
porcelana que cayó al suelo con un estrépito horro-  
roso. Miró á su hija, la cogió de las muñecas con  
fuerza convulsiva, y estuvo por un momento casi  
fuera de sí.

Esta violencia infundió mas valor en el corazón  
de la joven.

—¡Estais loca! exclamó lanzando de una vez todo  
el aliento que encerraba en su pecho.

—No, padre mio; hablo con verdad, y ya que ha  
llegado el terrible y doloroso lance de explicarme,  
lo hago tal como lo siente mi alma, tal como lo ex-  
plica mi corazón.

El comendador se repuso en algun tanto.

—Con que es decir que me habeis engañado! ¡Es

violento y tapándose el rostro con las manos; por-  
que estoy enamorado.

—¡Jesús!... ¡El demonio gritó el señor de Pon-  
zoa, pálido como la muerte... ¡Enamorado vos! Es-  
to es una hechura de Satanás... Es menester llama-  
r á vuestro confesor para que os exorcise.

La estúpida ignorancia ó el fanatismo de aquel  
hombre acababan de dar una interpretación tan ri-  
dícula á los puros é inocentes amores de su pobre  
hija.

—¡Enamorado vos! prosiguió alpuerto á verter  
un vaso de agua bendita en la cabeza de Enri-  
queta.

—¡Que os asombra, padre mio!

De la frente de don Fernando caían anchos cho-  
rros de sudor en aquel instante. Miró la candorosa  
expresión de su hija, y entonces conoció que nin-  
guna potencia infernal existía en el interior de  
ella.

—¡Ah! dijo cayendo en un asiento, me habeis he-  
cho creer en la pureza de vuestro corazón; me ha-  
beis hundido el puñal del desconcielo y del  
desengaño cuando mas fé y confianza tenía de vos.  
¡Oh! referidme si es una enfermedad de vuestro